

más los que llevan estampado el carácter del bautismo, la deshonran y afrentan, como se deja ver por esta amarga y justísima reconvención de Dios: *Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está el honor que me debéis?*<sup>1</sup> Y en vano los protervos judíos alegaban los favores especiales recibidos del Señor en prueba de predilección paternal, pues el Hijo unigénito de Dios, indignado por su iniquidad y perfidia, los rechaza de sí, les niega el derecho de fraternidad, y los declara terminantemente «hijos del demonio»<sup>2</sup>, extendiendo esta vil genealogía á todos los obradores de pecado: *El que peca procede del demonio, porque éste es el primero de los pecadores y padre de todos ellos*<sup>3</sup>. Bien al contrario de los santos, verdaderos hijos del Dios tres veces santo, porque, como escribe el Evangelista San Juan: *El que ha nacido de Dios no comete pecado; porque, mientras lleve dentro de sí el germen divino, no puede pecar, porque es hijo de Dios*<sup>4</sup>. Y éste es, en definitiva, el sello que distingue á los hijos de Dios de los hijos del demonio, la justicia en el obrar, la santidad<sup>5</sup>. Tenemos pues, hermanos míos, al hombre elevado por la santidad hasta el más alto punto de grandeza moral que imaginarse puede, hasta la real y bienaventurada filiación de Dios, por virtud de la cual puede llamar á Dios *Abba: Pater*. Padre á boca llena<sup>6</sup>, como Jesucristo, cuya persona representa al vivo. ¡Oh inefable excelencia de la santidad cristiana! Ni la riqueza, ni la más encumbrada posición del mundo, ni el saber, ni la gloria, pueden remontarse á tanta altura.

14. De aquí resulta, cristianos oyentes, y digámoslo para concluir, que nada, entre todo lo que se llama

<sup>1</sup> Mal. 1, 6.<sup>2</sup> Io. 8, 44.<sup>3</sup> 1 Io. 3, 8.<sup>4</sup> Ibid. vers. 9.<sup>5</sup> Ibid. vers. 10.<sup>6</sup> Rom. 8, 15.

bienestar y felicidad, sabríamos estimar ni codiciar tan de veras como la santidad, si tuviéramos ojos para conocer su valía inestimable. ¡Ah! y ¡cuán necio debe parecernos el mundo, el mundo fatuo que pretende ser tan ilustrado y tan prudente, y tiene tan poca cuenta con la santidad!

Si alguna vez se ve obligado á admirarla y aplaudirla, muy lejos está, no obstante, de imitarla, ni aun la aplaude sin pérfidas reservas, desfigurándola muchas veces, no atreviéndose nunca á mirarla de frente, ni siquiera en el mismo ideal y prototipo de la santidad, Jesucristo. «El mundo no conoce á los santos, dice San Juan, por lo mismo que no conoce á Dios.»<sup>1</sup> Aspiremos seriamente y trabajemos por transfigurarnos en Cristo, mediante la penitencia interior y la oración, que son, como sabéis, los ejercicios propios del santo tiempo en que nos encontramos. Fué en el éxtasis de su oración donde apareció Jesucristo transfigurado sensiblemente en Rey de la Gloria: orando, mortificando la carne, santificándonos en la verdad apareceremos también nosotros endiosados, para más tarde gozar de lleno en la revelación de la gloria de Nuestro Señor<sup>2</sup>. Así sea.

### TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

#### La transformación moral del hombre realizada en el Sacramento de la Penitencia.

Et cum eiecisset dæmonium, locutus est mutus.  
Y así que hubo echado al demonio, habló el mudo.

LUC. II, 14.

1. Hemos admirado, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, la maravillosa transfiguración del hombre por

<sup>1</sup> 1 Io. 3, 1.<sup>2</sup> 1 Petr. 4, 13.



efecto de la santidad reflejada en la faz de su alma por la faz de Cristo, resplandeciente en la cima del Tabor. ¡Cuán grande, cuán divino aparece el santo á la vista de los hombres y de los mismos ángeles que le contemplan! Es un verdadero espectáculo, como afirma de sí el Apóstol, para el mundo, los ángeles y los hombres<sup>1</sup>. No hay grandeza moral capaz de rivalizar con la grandeza del hombre elevado á condiciones casi divinas por la posesión de ese ser sobrenatural, la gracia, elemento constitutivo de la santidad. Mas no llegaríamos á comprender bastantemente el valor de esta transformación moral del hombre, si no supiéramos medir el hondo y tenebroso abismo de su propia y nativa pequeñez. Un medio nos ha dado Dios para medirlo; y es el Sacramento de la Penitencia, que podemos ver simbolizado en la milagrosa curación del sordomudo que el día de hoy nos pone á la vista el Evangelio de San Lucas. Sí, cristianos, podéis afirmar con absoluta certidumbre que jamás conocería el hombre la extensión de sus miserias y la profundidad del abismo en que yace sumido, si Jesucristo nuestro Salvador no le hubiese proporcionado ese medio de bajar hasta el fondo de su degradación, para levantarse de allí mismo hasta la altura del estado de gracia por virtud del Sacramento admirable que humilla y engrandece, abate y ensalza, mortifica y vivifica<sup>2</sup>. Preciso es que el hombre descienda para subir, que se reconozca polvo y nada, para que Dios, ensalzador de los humildes, le enaltezca en grado tan sublime como hemos visto que quiere y sabe hacerlo por obra de la santidad. Porque aquí también ha decretado que se cumpla la ley general. *Qui se*

<sup>1</sup> 1 Cor. 4, 9.<sup>2</sup> 1 Reg. 2, 6.

*humiliat exaltabitur*<sup>1</sup>; y según ella la confusión ha de preceder al engrandecimiento.

2. Y no sólo es fuente de luz la Penitencia sacramental para conocer el hombre la nada de su ser, y, lo que es aun más importante, para medir el fondo de corrupción moral en que se halla sumergido por el pecado, sino que es agente principal y causa sobrenatural de esa pasmosa elevación que se verifica en el hombre transformado de pecador en santo. ¡Oh! si llegáramos á persuadirnos de esta importantísima verdad, muy lejos de mirar el Sacramento de la Penitencia como la más humillante ceremonia de nuestra religión y una cruel tortura del amor propio, lo estimaríamos como la reparación de nuestra dignidad perdida, como el único escalón por donde podemos volver á elevarnos á esferas celestiales desde las profundidades de nuestra mortal caída. Para convencernos plenamente de ello nos bastaría parar mientes en lo que pasa cada día en ese santo y venerable tribunal de las misericordias divinas; y al efecto me propongo ponerlos á la vista en esta tarde, hermanos carísimos, la sublime elevación moral del hombre caído, efectuada como por encanto mediante el acto reparador de la Confesión sacramental, mas no sin haberos antes hecho ver en la primera parte de mi discurso el abismo de miserias en que nos precipita la culpa, y del cual sólo es bastante á sacarnos el Sacramento instituído por el Redentor del mundo para la justificación del pecador.

## I.

3. Á la verdad, cristianos, no puede ser más miserable y digno de compasión el estado á que se ve

<sup>1</sup> Luc. 16, 11.



reducido un pecador, si es que corresponde, según la común interpretación de los Doctores, á la figura del hombre desgraciado que nos retratan San Mateo<sup>1</sup> y San Lucas<sup>2</sup> como sujeto de uno de los más portentosos milagros del Salvador. Como él está poseído del demonio, está ciego, sordo y mudo: privado así de los principales sentidos, ¿qué elementos le quedan para vivir vida racional? Agitado y movido, á guisa de vil instrumento, por el infernal espíritu que lo posee, ¿qué libertad, qué tranquilidad, qué bienestar puede gozar el desgraciado?

Cuando, al leer las páginas sagradas, nos representamos uno de aquellos seres racionales sin ventura, de cuyo cuerpo, por divina permisión, se apoderaba Satanás, y á veces una legión entera de demonios, para hacer de él juguete de su rabia, arrojándolo violentamente al suelo, y á veces á las llamas y al agua, como verdugo sin entrañas que quiere acabar con su víctima, ó bien reduciéndolo á la imbecilidad ó la demencia, privado de sentido y movimiento propio, no podemos menos de sentirnos conmovidos, ora de indignación contra el inmundo y cruelísimo enemigo de nuestra naturaleza, ora de lástima y ternura para con sus pobres víctimas, seres de nuestra misma especie, ora finalmente de agradecimiento, admiración y amor á Jesucristo, divino libertador de nuestro linaje esclavizado por el infernal tirano. ¡Pobre poseso del demonio! exclamamos. ¡Bendito sea el que vino á libertarnos con la virtud del Altísimo! Y ¿por qué no prorrumpir en iguales exclamaciones el día de hoy al contemplar tantos posesos, si bien no del cuerpo, pero sí del alma, como pecadores pueblan

<sup>1</sup> Matth. 12, 22.<sup>2</sup> Luc. 11, 14.

el universo, y á quienes el inmundo espíritu tiene aherrajados con infames cadenas, ciegos sordos y mudos en orden á los grandes bienes de la eternidad? Considerad, hermanos míos, por algunos momentos la triste y lamentable situación del pecador, especialmente del que vive de asiento en el desorden, y no podréis menos de compadecerle y llorarle, y acaso lloraréis también sobre vosotros mismos. . . .

4. El pecador está poseso. Y ¿puede darse situación más horrible que la posesión diabólica? Pero me replicaréis que aquella idea no es exacta, porque no aparece síntoma alguno de tal posesión en la persona del pecador. ¡Ah! cristianos, no aparece en lo exterior, verdad es, porque la posesión no es del cuerpo, sino del alma; mas ¿no es éste un género de posesión peor y más funesto que el del endemoniado del Evangelio? ¿no es incomparablemente mayor la desventura de aquel en cuyo corazón habita el demonio, que la del hombre de cuyo cuerpo se ha apoderado, violentamente, Lucifer?

Mientras este tirano usurpador atormenta los miembros del cuerpo de su víctima inocente, Dios puede muy bien morar dentro del alma de aquel justo, reinar allí con suma complacencia como en su trono, acariciarlo como á hijo, tenerle, en fin, destinado á la eterna posesión de la gloria. Todo esto no es incompatible, hermanos míos, con el estado pasajero de la posesión diabólica del cuerpo de un cristiano, permitida por Dios según sus altos é inescrutables designios. Pero no es así del pecador impenitente y reacio, en cuya inteligencia extraviada por sugerencias diabólicas domina el padre de la mentira, cuya fantasía inunda el infernal espíritu con representaciones criminales, cuya voluntad rige y gobierna inclinándola y arrastrándola al desorden, cuya



alma, finalmente, ha llegado á ser, por libre consentimiento del hombre, posesión y feudo del espíritu in-mundo, á despecho de los santísimos derechos de Jesucristo, Criador y Redentor y Padre. Comparad, y decid cuál de los dos géneros de posesión es más digno de horror y de lástima. Mas, aunque nada de esto hubiera, aunque el estado de pecado no fuese en manera alguna posesión diabólica; ¿podrá negarse que es en todo rigor posesión del hombre por parte del pecado? ¿No dijo Jesucristo á los judíos: *El que comete pecado, se hace esclavo del pecado*<sup>1</sup>? Y el esclavo ¿no está verdaderamente poseído por el amo que dispone de él á su albedrío? Ved ahora y ponderad, carísimos oyentes, las condiciones, todas á cuál más degradantes, que concurren en esta posesión del pecado, á fin de que apreciéis en lo que vale la libertad que nos confiere el Sacramento de la Penitencia.

5. Es una posesión estable y firme, pacífica y humillante, á lo menos con relación al pecador habitual reincidente y consuetudinario, como suelen ser por desgracia la mayor parte de los pecadores, y lo serían todos sin el auxilio de la Penitencia. La estabilidad se apoya en tantos títulos, que la misma posesión, con ser á todas luces una usurpación injusta, adquiere visos y apariencias de legitimidad.

En efecto, aquí se adunan la libre donación, el cuasicontrato y hasta la prescripción para dar firmeza y consistencia á la indigna posesión del pecado. ¿Quién es el traidor que ha entregado al hombre á su enemigo el vicio, la pasión infame? ¿Quién sino el hombre mismo, según lo atestigua el común lenguaje que dice á cada

<sup>1</sup> Io. 8, 34.

paso: Fulano se ha dado al juego, Zutano se ha entregado á la embriaguez? Y cuán exactas sean estas expresiones, pruébalos la más sencilla reflexión. El mismo abuso que el pecador hace de su libertad, demuestra el hecho de la donación y entrega de sí mismo. La pasión pide, solicita goces que la razón no puede concederle: el pecador niega al principio, vacila después, otorga al fin, y, al ceder á las instigaciones del apetito, da se á sí mismo, se somete en cuerpo y alma, con todas sus potencias y sentidos, al imperio del pecado. ¡Insensata donación por parte del hombre! Dispone de lo que no es suyo, porque no es dueño, sino sólo administrador y usufructuario de su vida y libertad: su corazón y sus facultades todas pertenecen de derecho á su Dios á quien él debe retornarlas libremente, consagrándolas á su servicio. En cambio se entrega al demonio, al mundo y á la carne, cruelísimos tiranos y verdugos que aceptan de buen grado la injusta donación del hombre para tornarle esclavo envilecido. ¡Oh! y ¡cuánto le costará al desventurado la redención de tan cruel esclavitud! Y ¿qué, si remacha día por día sus cadenas, reiterando infinito número de veces la entrega de sí mismo con una jamás interrumpida serie de desórdenes?

6. Agregad á la donación una especie de cuasicontrato celebrado á lo menos tácitamente entre el pecador y el espíritu del mal, nueva causa de la estabilidad de la posesión diabólica en que gime el hombre del pecado. Éste, cubierto con la máscara de la felicidad, falso y lisonjero, promete al pecador ponerle en posesión de toda suerte de bienes, honores y placeres, diciéndole lo que Satanás á Jesucristo en el desierto al tiempo que le mostraba en vistoso panorama todos los reinos



del mundo: *Hæc omnia tibi dabo*<sup>1</sup>: «Todo esto será tuyo, porque yo te lo daré.» Pero no sin condición: *si cadens adoraveris me*: «con tal que me adores de rodillas». ¿Qué contesta el menguado pecador? En vez del *Vade retro, Satana!* acepta la condición infame, cegado por el brillo deslumbrante de la falaz promesa, y pecando y desconociendo la soberanía de su Criador, se postra para adorar á Lucifer en sus ídolos de carne ú oro. Así se formaliza el malhadado y detestable pacto, que por su parte, aunque alucinando siempre y engañando, no deja de cumplir el pecado proporcionando satisfacción á las pasiones, dando á gustar, tal vez en copa de oro, el vino del deleite, y embriagando con perfumes de adulación al pecador codicioso, orgulloso y sensual. Ha adquirido, pues, aunque con malas artes, un título para exigir del hombre, su esclavo, que continúe rindiéndole adoración y vasallaje. Nada vale en realidad, pero la pasión lo hace valer; y el pecador alucinado, ofuscándose á sí mismo, manda, como el insensato Herodes, cortar la cabeza del justo por respeto al juramento, cometer nuevas abominaciones por no perder la comodidad y la fortuna, por no dar que decir á la opinión pública, por consideración al vano honor del mundo, por respeto al *¿qué dirán?*, por hábito ...

Ese hábito vicioso, esa costumbre inveterada de pecar llega á formar como una prescripción, aunque falsa, contra la cual se estrellan todos los humanos esfuerzos para libertar al hombre de la posesión del pecado. Porque, en fuerza de vivir siempre en el seno del desorden, la pasión parece que hubiese obtenido un derecho

<sup>1</sup> Matth. 4, 9.

indisputable para retener á su víctima entre los grillos del cautiverio del vicio. ¿Qué extraño, hermanos míos, en vista de estas consideraciones, que el pecador envejecido llegue á adquirir cierta inmovilidad espantosa en el deleite, acompañada de insensibilidad ó pertinacia imposible de vencerse por sola fuerza humana? Aquí tenéis, pues, la posesión estable y por ende pacífica, del miserable pecador, más digno de compasión que el poseso que nos pinta el Evangelio<sup>1</sup>. Esta paz es del género de aquellas vergonzosas capitulaciones que suponen la última postración y agotamiento de fuerzas para seguir combatiendo, la desesperación de vencer por falta de valor y de recursos. El pecador que vegeta tranquilamente en el pecado, revela una extinción total de energía para la virtud. ¡Qué tranquilidad más indigna del ser moral, formado para el bien! Por otra parte, esta paz no puede ser más que aparente, siendo falsa y engañosa, dado que no es posible hacer cesar enteramente la lucha natural entre el bien y el mal, la razón y la pasión, la gracia y el pecado, lucha que necesariamente ha de prolongarse hasta el supremo instante de la vida. *Caro concupiscit adversus spiritum*<sup>2</sup>.

7. ¿Nos convenceremos de una vez, hermanos carísimos en Jesucristo, de la magnitud de la desgracia en que yace el pecador, poseído pacíficamente por su mismo pecado? ¿Hay situación más degradante y envilecedora para el hombre que este estado de servidumbre del vicio? ¿á quién no horroriza y enciende la sangre la idea de esclavitud tan oprobiosa y dura? Por ella pierde el hombre el más preciado de sus bienes,

<sup>1</sup> Luc. II, 21.

<sup>2</sup> Gal. 5, 17.



la dignidad y el dominio de sí mismo, la libertad de obrar, la energía para el bien. ¿Qué le queda, pues, sino una vil y deshonrada existencia, comparable á la vida animal de los irracionales?<sup>1</sup> Cuánta verdad sea que no dispone de sí el pecador inveterado, sino que obra bajo la presión tiránica del apetito, dícelo aquel que afirmaba, porque lo sentía: *Non quod volo bonum hoc ago*<sup>2</sup>. Díganlo francamente el libertino, que no puede resistir al ímpetu que lo arrastra en pos del deleite brutal; el vengativo, que, ciego, no sabe de sí, puesto en presencia de mortal enemigo; el ebrio, que se olvida de todos sus propósitos al ver brillar en diáfana copa el espumoso licor; el soberbio y vanidoso, que pierde la cabeza con el humo de incienso de la lisonja, y no es dueño de disimular siquiera su hinchazón en medio de los vanos aplausos de la muchedumbre. Díganlo todos los que no aprendieron nunca á refrenar sus desordenadas pasiones, á cuyo impulso se mueven en la generalidad de sus actos, no cuidándose de lo que deben, sino de lo que les agrada. Hasta las almas virtuosas, que, aplicadas al vencimiento de sí mismas, no quieren gobernarse por otro dictamen que el de la razón, experimentan á cada paso la tiranía de sus viciosas inclinaciones y se las oye lamentarse, como el Apóstol, de su debilidad para contrarrestarlas y rendirlas: *¿Quién me libertará de la cárcel de este cuerpo mortal?*<sup>3</sup> ¿Cuál no será, pues, el abatimiento moral del infeliz pecador sometido de largo tiempo al yugo infame de la concupiscencia y del pecado?

Vedle triunfante, en fin, de su flaqueza, á fuerza de esfuerzos titánicos, quebrantadas las cadenas de su largo

<sup>1</sup> Iudæ 1, 10.<sup>2</sup> Rom. 7, 15.<sup>3</sup> Ibid. vers. 24.

cautiverio, restaurado en el bien á impulsos de la gracia secundada por una generosa resolución de no servir más al pecado, diciendo como el Profeta: *Persequar inimicos meos ... et non convertar donec deficiant*<sup>1</sup>. ¡Ah, mis amados oyentes! no os entusiasméis demasiado pronto con tan hermosa victoria. Seríalo realmente, si hubiese recobrado para siempre la perdida libertad. Mas, por desgracia, no es así. ¿Cuánto creéis que dure esta feliz restauración? Tal vez algunos días, quizás algunas horas, para volver á sucumbir bajo el yugo ominoso de la mala costumbre. *Cuando el inmundo espíritu*, dice Jesucristo, *ha salido del alma, va buscando reposo, y no encontrándolo dice: volveré á mi casa de donde salí. ... Entonces toma consigo otros siete espíritus más malos que él, y forzando la casa habitan en ella. Y las postrimerías de aquel hombre vienen á ser más desgraciadas que los principios*<sup>2</sup>. Bien sabéis que, en tratándose de ciertos vicios, la verdadera conversión, esto es, la enmienda formal y duradera, es casi un milagro de la divina misericordia, ó, lo que es igual, que las cadenas con que tiene atado al pecador la mala costumbre, no llegan á romperse en realidad sino por la mano de la muerte. De este modo la esclavitud va siendo cada vez más dura y afrentosa, multiplicándose los tiranos y remachándose los grillos. ¡Tristísimo estado, cuya realidad no se creería si no la estuviere mostrando diariamente la experiencia! ¿No son esclavos de esta condición una enorme cifra de cristianos? ¿Cuántos son los verdaderamente libres, los que poseen la santa libertad de los hijos de Dios? ¿Son muchos los escogidos, los justos? *¿Cuán estrecha y ardua es la senda que conduce á la vida, y qué pocos van por ella!*<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Ps. 17, 38.<sup>2</sup> Luc. 11, 24. 26.<sup>3</sup> Matth. 7, 14.